

Casa-grande y senzala

La formación de la familia brasileña
en un régimen de economía patriarcal

de

Gilberto Freyre

traducido por

Antonio Maura Barandiarán

MADRID

2010

Índice

- Prólogo a la primera edición española, *Un intérprete de Brasil*, por Ramón Villares, 9
- Prefacio a la primera edición, 23
- Capítulo I. Características generales de la colonización portuguesa de Brasil: formación de una sociedad agraria, esclavista e híbrida, 51
- Capítulo II. El indígena en la formación de la familia brasileña, 109
- Capítulo III. El colonizador portugués: antecedentes y predisposiciones, 193
- Capítulo IV. El esclavo negro en la vida sexual y familiar del brasileño, 273
- Capítulo V. El esclavo negro en la vida sexual y familiar del brasileño (continuación), 379
- Notas, 439
- Bibliografía, 587
- Índice onomástico, 643

CAPÍTULO I

Características generales de la colonización portuguesa de Brasil: formación de una sociedad agraria, esclavista e híbrida

Cuando en 1532 la sociedad brasileña se organizó económica y civilmente, lo hizo tras un siglo íntegro de contacto de los portugueses con los trópicos, de su demostrada aptitud para la vida tropical en la India y en África. Modificado en San Vicente y en Pernambuco el rumbo de la colonización portuguesa, de lo sencillo, mercantil, a lo agrícola; organizada la sociedad colonial sobre una base más sólida y en condiciones más estables que en la India o en las factorías africanas, sería en Brasil donde se realizaría la prueba definitiva de esa aptitud. La base, la agricultura; las condiciones, la estabilidad patriarcal de la familia, la regularidad del trabajo por medio de la esclavitud, la unión del portugués con la mujer india, incorporada así a la cultura económica y social del invasor.

Se formó en la América tropical una sociedad agraria en la estructura, esclavista en la técnica de explotación económica, e híbrida de indio —y más tarde de negro— en su composición. Una sociedad que se desarrollaría defendida, menos por la conciencia de raza, casi ninguna en el portugués, cosmopolita y dúctil, que a causa de la exclusividad religiosa, sistema, a su vez, de profilaxis social y política. Menos por la acción oficial que por el brazo y la espada del particular. Pero, todo ello, subordinado al espíritu político y al realismo económico y jurídico que, aquí como en Portugal¹, fue desde el primer siglo un elemento decisivo en la for-

mación nacional; siendo entre nosotros, a través de las grandes familias propietarias y autónomas: señores de ingenio con altar y capellán dentro de casa, y con indios de arco y flecha o negros armados de arcabuces a sus órdenes; dueños de tierras y de esclavos, que desde la Cámara del Senado hablaron siempre mal de los representantes del rey, y por la voz liberal de los hijos, curas o doctores clamaron contra todo tipo de abusos de la metrópoli y de la misma Madre Iglesia. Muy distintos de los *criollos* ricos y de los bachilleres letrados de la América española, durante largo tiempo inermes a la sombra dominadora de las catedrales y de los palacios de los virreyes, o constituidos en *cabildos* que, en general, sólo servían de escarnio a los todopoderosos *reinícolas*.

La singular predisposición del portugués para la colonización híbrida y esclavista de los trópicos se explica en gran parte por su pasado étnico, o mejor cultural, de pueblo indefinido entre Europa y África. No es, claramente, de una ni de otra sino de ambas. La influencia africana hirviendo bajo la europea y dando un acre ardor a la vida sexual, a la alimentación, a la religión; la sangre mora o negra corriendo por gran parte de población semiblanca, cuando no predominando en regiones aún hoy de gente oscura²; el aire de África, un aire caliente, graso, ablandando, en las instituciones y en las formas de la cultura, la firmeza germánica; corrompiendo la rigidez moral y doctrinaria de la Iglesia medieval; debilitando la estructura del cristianismo, del feudalismo, de la arquitectura gótica, de la disciplina canónica, del derecho visigótico, del latín, y el propio carácter del pueblo. Europa, reinando pero sin gobernar: más bien gobernando África.

Corrigiendo hasta cierto punto tan notable influencia del clima debilitador, actuaron sobre el carácter portugués, endureciéndolo, las condiciones siempre tensas y vibrantes del contacto humano entre Europa y África; el constante estado de guerra (que, simultáneamente, nunca excluyó el mestizaje ni la atracción sexual entre las dos razas, mucho menos el intercambio entre las dos culturas)³, la actividad guerrera, que recompensaba el intenso esfuerzo militar permitiendo descansar, tras la victoria, sobre el trabajo agrícola e industrial de los cautivos de la guerra, sobre la esclavitud o semiesclavitud de los vencidos.

Hegemonías y servilismos éstos que no se perpetuaban; se alteraban⁴ como en el incidente de las campanas de Santiago de Com-

postela. Las cuales habrían sido mandadas llevar por los moros desde la mezquita de Córdoba a espaldas de los cristianos y por éstos, siglos más tarde, enviadas de nuevo a Galicia a espaldas de los moros.

En cuanto al fondo considerado autóctono de una población tan inconstante, una persistente masa de dolicocefalos morenos⁵, cuyo color el África árabe e incluso negra, inundando con su gente anchos trechos de la Península, más de una vez vino a avivar de pardo o de negro. Era como si los sintiese íntimamente suyos por afinidades remotas apenas palidecidas; y no los quisiera desvanecidos bajo las capas superpuestas de nórdicos ni transformados por la sucesión de culturas europeizantes. Cualquier invasión de celtas, germanos, romanos, normandos, el anglo-escandinavo, el *H. Europaus L.*, el feudalismo, el cristianismo, el derecho romano, la monogamia. Que todo eso sufrió restricción o refracción en un Portugal influido por África, condicionado por el clima africano, solapado por la mística sensual del islamismo.

«En vano se buscaría un tipo físico unificado», constataba recientemente en Portugal el conde de Keyserling. Lo que él observó fueron los elementos más diversos y opuestos, «figuras con aire escandinavo y negroides», viviendo en lo que le pareció «unión profunda». «La raza no tiene aquí un papel determinante», concluyó el agudo observador⁶. Y acerca de la sociedad mozárabe ya escribiera Alejandro Herculano: «Población indecisa en medio de los dos bandos en contienda (nazarenos y mahometanos), medio cristiana, medio sarracena, y que en ambos contaba con parientes, amigos, simpatías de creencias o de costumbres»⁷.

Este retrato del Portugal histórico, trazado por Herculano, tal vez pueda hacerse extensivo al pre o proto-histórico; el cual viene siéndonos revelado por la arqueología y la antropología tan dudosa e indecisamente como el histórico. Antes de los árabes y los bereberes: capsioses, libiofenicios, elementos africanos más remotos. El *H. Taganus*⁸. Olas semitas y negras, o negroides, batiéndose con las del Norte.

La indecisión étnica y cultural entre Europa y África parece haber sido siempre la misma en Portugal que en otros lugares de la Península. Especie de bicontinentalidad que correspondería a una población así vaga e incierta a la bisexualidad en un individuo. Y gente más fluctuante que la portuguesa, difícilmente se imagina; el inestable equilibrio de antagonismos se refleja en todo

cuanto es suyo, dándole al comportamiento una fácil y lánguida flexibilidad, perturbada a veces por dolorosas indecisiones⁹, y al carácter una especial riqueza de aptitudes, aunque no raras veces incoherentes y difíciles de conciliar para la expresión útil o para la iniciativa práctica.

Ferraz de Macedo, a quien la sensibilidad patriótica de sus conterráneos no perdona la amargura de algunas de sus justas conclusiones, entre otras muchas de gran exageración, buscando definir el tipo normal portugués, halló una dificultad fundamental: la falta de un tipo dinámico determinado. Lo que encontró fueron hábitos, aspiraciones, intereses, índoles, vicios, virtudes variadísimas y de orígenes diversos —étnicos, decía él—; culturales tal vez, dijera más científicamente.

Entre otras, Ferraz de Macedo comprobó en el portugués las siguientes características dispares: la «génesis violenta» y el «gusto por las anécdotas de fondo erótico», «el brío, la franqueza, la lealtad»; «la escasa iniciativa individual», «el vibrante patriotismo», «la improvisación», «la inteligencia»; «el fatalismo», «la primorosa aptitud para imitar»¹⁰.

Pero el lujo de antagonismos en el carácter portugués, lo reflejó magníficamente Eça de Queirós. Su Gonçalo, de *A ilustre casa de Ramires*, es algo más que la síntesis del hidalgo¹¹, es la síntesis del portugués de cualquier clase o condición. Que todo él es y ha sido, desde Ceuta, de la India, del descubrimiento y de la colonización de Brasil, como Gonçalo Ramires: «lleno de fogonazos y entusiasmos que acaban en humo», pero persistente y duro «cuando se aferra a su idea»; de «una imaginación que le lleva [...] a exagerar hasta la mentira», y al mismo tiempo de «un espíritu práctico siempre atento a la realidad útil»; de una «vanidad», de «unos escrúpulos de honra», de «un gusto por acicalarse, por lucirse» que rozan lo ridículo, pero también de una gran «sencillez»; melancólico al mismo tiempo que «conversador sociable»; generoso, negligente, trapacero en los negocios; vivo y con facilidad para «comprender las cosas»: siempre a la espera de «algún milagro del viejo Ourique que se ocupará de todas las dificultades»; «desconfiado de sí mismo, acobardado, encogido hasta que un día se decide y aparece como un héroe»¹². Extremos dispares de introversión y extroversión o alternancia de sintonía y esquizofrenia, como se diría en moderno lenguaje científico.